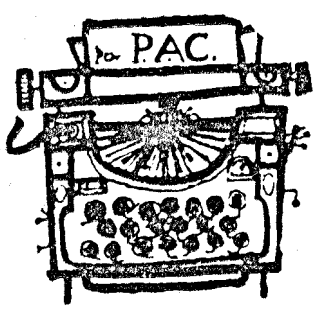


Vuelve Navidad



La situación histórica y política de la Palestina de Cristo no es cosa lejana. Cualquier país pequeño del Tercer Mundo presenta una situación bastante análoga. Sin presionar mucho la intención pudiéramos decir que era una situación bastante nicaragüense. La patria de Cristo —intervenida por el imperialismo de entonces, el Romano— estaba gobernada por los herederos de Herodes el Grande, un dictador progresista (lo que no rebaja su rapiña) y liberal (lo que no quita lo sanguinario), cuyos hijos se repartieron Palestina.

En la gama de los partidos existía desde una extrema derecha —los Herodianos, a quienes sólo les interesaba el Poder y la Riqueza—, hasta una extrema izquierda— los Zelotes, terroristas y guerrilleros patriotas a los cuales, seguramente pertenecía Barrabás.

La excitación nacionalista, que cada grupo o partido aprovechaba a su manera, tenía aspectos sumamente actuales y dentro de ese caldo aparecían, por un lado los Fariseos, conservadores tradicionalistas, valiosos depositarios de las esencias de Israel, quienes, sin embargo, se habían cerrado como una casta (fariseo: peruschim: significa 'separados': hoy diríamos "oligarcas") despreciando orgullosamente al pueblo —"a la ignara y despreciable plebe"— y cayendo en un formalismo hipócrita, de gente bien, que hizo decir a Jesús: "en la cátedra de Moisés se sientan los escribas y fariseos; guardad lo que ellos dicen, pero no hagáis lo que hacen"; (la gran tentación, el gran pecado "conservador", "burgués" y "clerical" ¿no es esa antinomia entre el dicho y el hecho?

Por otro lado los Saduceos, liberales cosmopolizantes ("entreguistas" en lengua de hoy), profundamente afectados por la cultura helenística (hoy lo serían por el "desarrollo") quienes ya no creían en el más-allá.

Pero existían también los marginados, el pueblo pobre trabajador, los publicanos (que cobraban mordida al cobrar los impuestos y "el peso del comandante Pilatos), y los policías (a quienes Juan Bautista decía en el Jordán: "no tratéis con violencia, ni denunciéis en falso y contentaos con vuestras pagas") y los pecadores. Y existía también el fenómeno de los Samaritanos: población mezclada y despreciada, segregada, aspecto muy "hispanoamericano" de la Palestina de Cristo.

A medida que Cristo despliega su evangelio, la mayor parte de esos grandes sectores políticos y sociales —de derecha y de izquierda— se pronuncian en una creciente y rabiosa oposición. Los marginados están con él. Llega un momento en que los extremistas ponen también en El sus esperanzas. Pero Cristo muy pronto hace sentir, tanto a esos grupos como a las masas que lo buscan como líder temporal, que su "revolución" va más allá. Entonces se confabulan todos. Judas —posiblemente un extremista desilusionado— lo vende; el Conservatismo lo condena acusándolo de destruir las tradiciones, el "statu quo"; el Liberalismo porque es un peligroso reaccionario que cree en la resurrección; Roma —el imperialismo— aunque sabe que "es un hombre justo", lo condena por eso, porque su justicia perturba, por subversivo. Y la masa vota democráticamente su muerte.

Sin embargo, cuando revisamos el sentido y el contenido de todas esas fuerzas que se hermanaron para sacrificar a Cristo, vemos que todas ellas perecieron luego, incluso las que triunfaron perecieron, y no todas por erradas sino por la limitación y el desgaste de su contenido. Solamente el Cristianismo se toma la revancha de conquistar Roma y, borrada Roma, se toma la revancha de la revancha de trascender su propia revolución. De ser revolucionario consigo mismo. Y si pasa una etapa en que la Iglesia reposa y descende al peso de lo temporal, surge un santo (un eco de Cristo) o un Concilio y sacude. Y otra vez arremete contra los fariseos. Y de nuevo el sermón de la montaña aplasta a los enriquecidos. Porque

El Cristianismo siempre está más a la izquierda que el cristiano.

El cristianismo está más a la izquierda que la violencia extremista. Más a la izquierda que el Comunismo, porque después del necesario cambio de estructuras, mucho después, aún queda energía revolucionaria en el Evangelio para proseguir suscitando tomas de conciencia y descubriendo injusticia y opresión allí donde la Revolución cree que, por su propia dialéctica, ya llegó a la meta. A los cincuenta años de la Revolución Rusa el Cristianismo puede encontrar en ella el punto de partida para un proceso revolucionario futuro, y cien años después de Mao puede llegar a China y partir de los niveles de Mao a una nueva "revolución cultural" imprevisible.

Hay un Cristianismo que siempre va a comenzar después de todas las teorías y todas las praxis. Incluso dentro del mismo cristianismo,